

EDUCARE Y EXDUCERE:

CONOCIMIENTO DISPERSO VERSUS PLANIFICACIÓN CENTRAL

Publius

¿Qué podría decirse de determinada política educativa vigente en un país X, y hasta dónde podría pensarse en su reformulación gubernamental, cuando a la luz del día, y a lo largo del tiempo, tales intentos han registrado sistemáticamente fracasos recurrentes? Frente a resultados inobjetables que reflejan retrocesos permanentes en el aprendizaje de los estudiantes, corresponde intentar repensar más profundamente en la clase de errores cometidos. Nos referimos a que quizás sea más provechoso, en lugar de indagar caso por caso respecto de las falencias y los desvíos registrados en el diseño y la ejecución de las muchas reformas educativas previas, hacernos un tiempo para intentar repensar en las posibles fallas estructurales del sistema, aquellas que impidieron una y otra vez que todos los planes sucesivamente implementados hubieran podido alcanzar el éxito.

En estos casos, el problema de diagnóstico suele ser decisivo. Porque de existir un fallo radical en la comprensión del problema educativo, apuntalado sobre ideas y creencias equivocadas, daría por resultado un sistema educativo con fallas de cimientos incorregibles, con reparaciones provisorias, apenas útiles para disimular el verdadero problema de fondo, a la vez que acentuarían y demorarían su resolución definitiva.

Antes de avanzar hacia lo medular de nuestro planteo, posiblemente convenga definir algunos conceptos clave. Preguntémonos entonces, ¿qué distinción cabría hacer entre instrucción, alfabetización, escolarización y educación?

¿O qué diferencias hallamos entre la idea de proceso educativo en comparación con la de sistema educativo? Pues una imprecisión al respecto, un gris en sus definiciones, o el impropio establecimiento de sus diferencias podría conspirar posteriormente contra nuestras más elementales argumentaciones.

Una primera distinción nos lleva derechamente a la idea de instrucción, que aplicaría con justeza, por ejemplo, a la instrucción militar. Instruir a alguien, en alguna medida, es darle un comando para que lo ejecute, o entrenarlo para que pueda ejecutarlo respetando esas instrucciones. Ello se ve patentemente a partir del uso del verbo: “instruí tal o cual cosa”, como si el que supiera decide, y el que ejecutara obedece. Entiéndase, por caso, en una organización la existencia de una cadena de mandos a través de la cual se impartirían órdenes, o se ejecutarían verticalmente tales o cuales protocolos. O, también, más impersonalmente el modo en que seguimos las instrucciones de un manual para conectar un electrodoméstico. Algunas veces estos pasos permiten la adquisición mecanizada de mínimos conocimientos prácticos, otras veces se traducen hasta en cierta clase de adoctrinamientos. ¿Estamos hablando de esto cuando hablamos en general de educación?

Naturalmente no, porque a nuestro juicio la alfabetización, la escolarización y la educación podrían mejor englobarse dentro de otra familia de conceptos, pensados todos dentro de un sistema o de un proceso educativo, del cual en principio y a nuestro juicio la instrucción no merecería formar parte. Dicho esto, diremos, en segundo término, que la alfabetización, concepto inmediatamente asociado con el de escolarización, tampoco debiera confundirse por descuido y como de hecho sucede muy a menudo con el concepto más amplio de educación;

pues no son enteramente sinónimos, ni siempre válidos para designar con ellos indistintamente las mismas cosas.

Entonces, para plantear una segunda divisoria de aguas, de pronto artificial, digamos que, en nuestra opinión, la educación en algún punto ha de estar siempre relacionada necesariamente con la adquisición de valores, en tanto que el concepto de alfabetización, o su pariente mayor el concepto de escolarización, se encontrarían más directamente ligadas con los conocimientos propiamente dichos. Si bien sabemos que mayormente ambos conceptos suelen emplearse en general de manera indistinta, cabría también a partir de la reciente aclaración pensar en un analfabeto educado, al modo en que no lo sería un científico mal educado, asunto sobre el que volveremos al final de este trabajo.

Mientras tanto, consignemos que escolarizar es, antes que nada, alfabetizar. Es decir, lisa y llanamente, enseñar a leer y a escribir, a sumar y a dividir. Y, como sabemos, esto ocurre normalmente en los primeros años de la escuela primaria, donde se adquieren estas mínimas habilidades fundamentales para desenvolverse en la vida.

Sin embargo, escolarizar supone una pretensión algo mayor. Probablemente abarcativa también de otras habilidades igualmente importantes tales como aprender idiomas, dibujar, y tocar la guitarra. Consiguientemente, es frecuente que en las escuelas se dicten clases de muchas otras materias, se preste atención a otros objetivos curriculares adicionalmente elaborados por los burócratas y especialistas de turno. Pese a todo, es lamentable que no se logran en debida forma, allende una inicial alfabetización, quizás los dos objetivos más importantes de la escolarización: 1) que el alumno logre entender lo que lee, mucho mejor si fuera desde su propia perspectiva con juicio crítico. Por supuesto, también escribir o expresar lo que

piensa haciendo conocer a los demás sus argumentos.; y 2) en lo posible, que desarrolle al máximo su creatividad.

No es casual que estas dos consignas rescatan la necesidad de desarrollar la capacidad de entender y de manifestarse, desde la individualidad propia de cada alumno. Asunto que define y contornea, de alguna forma, el corazón mismo del problema educativo, poniendo de relieve las graves falencias del método que se emplea habitualmente para escolarizar.

Ahora, podemos intentar aproximarnos a las causas que podrían explicar semejante déficit. eEs nuestra tesis que en los países donde el sistema educativo formal reviste características monopólicas, en donde de manera prusiana se imparten rígida y verticalmente sus enseñanzas de acuerdo con los espacios curriculares centralmente preestablecidos por los ministerios, inexorablemente se conspirará contra el desarrollo de incontables e impredecibles habilidades, variadísimas e individuales, que son características de los procesos educativos más ricos, destacados por una mayor creatividad, y una más rápida adaptación, por la profusividad en sus aprendizajes y por la mayor celeridad de sus innovaciones y descubrimientos.

En tercer lugar, resulta oportuno introducir la idea de sistema educativo, en paralelo con la idea de proceso educativo, realizando entre ellos la siguiente distinción: el proceso educativo refiere, en nuestra opinión, al universo más amplio de interrelaciones humanas a partir de las cuales los diferentes individuos aprenden. En suma, adquieren y desarrollan habilidades, incorporan conocimientos, y absorben valores. En cambio, reservaremos la idea de sistema educativo para designar más restringidamente todas las etapas y espacios en los que se desenvuelve el proceso

educativo. Empero, a condición de que emergiera nítida en cada una de ellas la expresa intención de impartir conocimientos, es decir de enseñar algo.

Evidentemente, el sistema educativo formal representado por las instituciones educativas, o el informal representado por las empresas que capacitan a sus recursos humanos (con sus objetivos y pretensiones), configuran, desde la enseñanza, una parte importante de todo lo que sucede dentro de esa mayor dimensión a la que hemos llamado proceso educativo, de la que también forman parte fundamental las familias, las instituciones deportivas, las parroquias. Lugares en donde las personas desde niños espontáneamente sociabilizan y protagonizan un tremendo proceso experiencial de aprendizaje individual. Y subrayamos otra vez el término individual, queriendo decir a la medida de cada individuo, porque intentamos remarcar que este aprendizaje es realizado por cada persona, es vivencial, es personalísimo y es inendosable.

A más de ello, a propósito del concepto de educación, debe señalarse que se conocen dos acepciones alternativas, quizás un poco opuestas, que se complementan a la vez que rivalizan entre sí. Por una parte, tal y como enseñaban los griegos, educar es sacar de dentro lo mejor que el alumno trae consigo, y ayudar a elevarlo hasta su máxima potencia. En suma, educar es ayudarlo a aprender, y a aprender a maniobrar personalmente su mejor manera de aprender. En este sentido el origen etimológico de la palabra “educación” respondería al vocablo latino *educere*. Buen ejemplo de ello, es la mayéutica o método socrático, que propone la idea de extraer por medio de un proceso de diálogo y de preguntas, las respuestas que han de venir desde dentro mismo de la persona.

En la vereda de enfrente se emplaza el otro vocablo latino con el que se designa la segunda acepción del término educación. Nos referimos a *educare*, que

alude a alimentar, guiar, impartir conocimientos a quienes carecerían de ellos. En este sentido, “educar” sería un sinónimo de modelar la cabeza del estudiante y meterle conceptos dentro. Es decir que quien enseña transmite o inyecta contenidos en la dócil mente de quienes, como esponjas, los reciben y asimilan.

En resumen, estamos en presencia de dos concepciones, extrasimplificables en dos modelos, quienes se inclinan más por una visión de típico proceso educativo sostienen que la clave no es lo que se intentaría introducir en la mente del alumno (*educare*), sino lo que él hace crecer dentro suyo (*exducere*). Para ellos, lo importante en el proceso educativo es el desarrollo integral de la persona, el sujeto que estudia, mucho más que el objeto que a juicio de un experto ocasionalmente merece ser estudiado.

Del otro lado, estarían los partidarios de reducir esa visión amplia de proceso educativo y se muestran dispuestos a entallarla formalmente en una idea de típico sistema educativo. Es decir, el proceso educativo se desenvuelve mayormente tutelado o encapsulado por dentro de un sistema educativo de enseñanza formal (*educare*). Ello implica seleccionar los conocimientos que merecerían ser aprendidos, y organizar deliberadamente la maquinaria educativa que contribuya a transmitirlos en puro beneficio y capitalización de los enseñados.

Así las cosas, es necesario señalar que, en nuestra opinion, ambos conceptos rivales no debieran antagonizar dramáticamente ni excluirse necesariamente el uno al otro, porque casi siempre representan enfoques alternativos pero complementarios, que por una u otra banda se aproximan para abordar un fenómeno muy posiblemente recursivo, donde ambos conceptos podrían espiralizarse y realimentarse con sinergias. Es verdad, tal vez algunos partiendo de cierta preocupación por el desconocimiento y la ignorancia, preferirán hacer foco en

la enseñanza; otros pondrán el acento más bien en el proceso de aprendizaje personal, porque lo interpretan como un mejor testimonio del enriquecimiento de un individuo, que trascendería la mera asimilación y el almacenamiento de tales o cuales contenidos, incluso de los presumiblemente más útiles.

Normalmente, pareciera innecesario e irrelevante tomar partido por alguno de estos dos vocablos latinos, mucho menos cuando se realimentarán mutuamente, empero sí ameritaría intervenir en la discusión si, como a veces ocurre, en la disputa encontráramos evidencias de que *educare* asfixiara a *exducere*. Fenómeno que se verificaría toda vez que el sistema educativo formal se expandiera hasta adueñarse enteramente del proceso educativo, dotándolo de formas y contenidos preestablecidos; parametrizando, secuenciando y dosificando su evolución.

Ello sucede cuando, a través de un ejercicio gubernamental de planificación centralizada, se monopoliza el diseño de la solución al problema educativo, eliminándose el posible surgimiento de otras mejores soluciones en competencia. O lo que es lo mismo: cuando a través de la labor de ministros, legisladores o expertos, por la intervención de la política, se aletargan las preocupaciones, las inquietudes y las responsabilidades genuinas de padres, estudiantes y maestros.

¿Qué significan en conjunto todas estas aseveraciones? Correspondería explicarlas con más detalle a fin de poder sintetizar la verdadera discusión de fondo, y poder visibilizar más nítidamente las causas del fracaso educativo que denunciáramos al comienzo mismo de nuestro trabajo. Frente a la palmaria evidencia de fracasos educativos recurrentes, brota la necesidad de explorar otras posibles soluciones. De volver a pensar en las personas que podrían estar en mejores condiciones de aportar algo novedoso, o de animarse a transitar por diferentes caminos.

Es increíble, a la vez que elemental, tener que volver a reconocer que en cierto sentido los padres aventajan a cualquiera respecto de su natural preocupación por la educación de sus hijos, y en función del mejor conocimiento que tienen de ellos. Permítasenos aclarar que lo que sostenemos es que los padres están en mejores condiciones que nadie para optar por una oferta educativa de tipo *educare* o de tipo *exducere*, o por una combinada, en la medida que la pudieran elegir libremente de un universo de diferentes propuestas en competencia.

Intento sostener que, al igual que sucede con la elección de un médico, en la que obviamente los padres no son expertos en medicina (razón que no los inhabilita para elegir a quien confiar el cuidado de sus niños enfermos), es nuestra opinión que de la misma manera están en condiciones para seleccionar, no en función del análisis científico de los contenidos o de las currículas, sino en función de la confianza que les despierta cada educador, cada maestro, o cada instituto educativo, y así encomendar a quien consideran mejor, la tarea subsidiaria de contribuir en el proceso educativo de sus hijos.

El hecho de hacer lugar a esta modestísima sugerencia podría adquirir ribetes copernicanos en todos esos escenarios en donde la idea formal de sistema educativo ha venido reemplazando a su paralela, la idea de proceso educativo, minimizándola y desplazándola de la mesa del debate, pero además recortándole en la práctica sus concretos espacios de desarrollo. Así, cuando en un país X el sistema educativo formal se expandiera al máximo en sus funciones e incumbencias, y se presentara instalado con pretensión de ser la única vía de posible solución al problema educativo, sería perfectamente lógico suponer que las posiciones *educare* habrían terminado por acorralar y asfixiar a las posiciones *exducere*.

Verificadas estas circunstancias, formalmente los sistemas educativos guiados por sus expertos parecieran apropiarse *in tórum* de los procesos educativos, monopolizando desde la política la provisión de soluciones escolares y hasta universitarias, concentrando la gestión mediante el establecimiento de nuevos formatos universales, y haciendo prevalecer desde el mandamiento de sus autoridades sus propios cometidos. En este contexto, ha de observarse cómo los ministerios y la legislaturas se adueñan de la iniciativa educativa, para pretender responsabilizarse absolutamente del diseño de sus soluciones, y de la implementación de las mismas, dictar regulaciones, designar funcionarios, establecer metas y controles, decidiendo qué se debe enseñar y qué se debe aprender.

Sin embargo, semejante concentración de funciones, de saberes, y de poderes, no son capaces de evitar los más rotundos fracasos educativos que hemos venido denunciando. Justamente, es nuestro parecer que, por el contrario, esas mismas características constituyen la mismísima causa de tales fracasos recurrentes. Por ello, intentaremos justificar que la invitación a los padres a participar más efectivamente en las decisiones y en el posible aporte de soluciones al problema educativo, sería un primer paso en una senda de transformaciones revolucionarias.

En nuestra opinión, reabrirla las puertas a una rediscusión mas plena respecto de la educación en el mundo de hoy, a una reinstalación inmediata de la idea de proceso educativo enfocado mucho más en el proceso individual de aprendizaje que en los contenidos y el método de enseñanza. Además, en refuerzo de nuestra posición, remarquemos que la necesidad de aprendizajes escapa cada

día más de los alcances y las pretensiones de cualquier sistema educativo formal, con lo cual se reaviva incrementalmente la significación del concepto *exducere*.

Ahora bien, ¿por qué razón la incorporación protagónica de los papás habría de cerrar semejantes oportunidades de cambio estructural? Porque estamos proponiendo una vuelta a los orígenes. Es decir, proponemos de manera simple pero revolucionaria que sean los papás los responsables de elegir la mejor educación para sus hijos, y no un funcionario de turno, un ministro, un pedagogo, o un erudito en temas educativos. Estamos proponiendo invertir la manera de pensar el problema educativo y sus soluciones, animarnos a poner en jaque la visión dominante y ponerla patas para arriba.

Entonces, lo verdaderamente revolucionario sería: en primer lugar, ver cómo los padres optarían por los maestros, por los educadores o por las instituciones que diseñaran y adoptaran los mejores programas o los mejores métodos según lo consideraran más enriquecedor y conveniente para sus hijos. Pero, en segundo lugar y con carácter igualmente revolucionario, nos imaginamos posible entonces la existencia de distintas opciones en competencia por dentro del mercado educativo, cada una de estas representadas por maestros, profesores, tutores, o instituciones a cargo de diseñar y ofrecer descentralizadamente sus propias propuestas educativas.

En síntesis, se intenta reemplazar el sistema gubernamental de planificación centralizado por un mercado educativo. Refiriéndonos a ese mercado porque imaginamos a cada demandante eligiendo dentro de un universo de muchas ofertas educativas posibles en competencia. Si lo intuimos bien, a poco de introducir el término mercado, habrá quienes se alarmen, y se pregunten de inmediato qué pasaría con quienes no tienen los fondos suficientes para poder afrontar la

contratación de tales ofertas educativas. Nada. De momento, esa no debe ser una preocupación, porque al modo de Milton Friedman no estamos sosteniendo que el gobierno se desentienda del financiamiento público de la educación. Afortunadamente, las nuevas tecnologías dejan expeditas mejores formas de transferir electrónicamente al bolsillo de cada padre los fondos que hoy mismo se gastan en mantener un sistema educativo estatal y monopolístico.

Y, por lo tanto, el gobierno podría seguir siendo el garante último de que cada familia reciba a través de un sistema de reparto los fondos necesarios para aplicar a la educación de sus hijos, sin afectarlos en la facultad de poder elegir por la propuesta del educador que prefirieran. Lo que en concreto proponemos es que el gobierno, sus ministros, sus especialistas y pedagogos, renuncien al monopolio que les faculta para buscar con exclusividad la solución al problema educativo. Luego imaginamos que la siguiente pregunta al caer apuntaría al modo en que los distintos educadores en competencia podrían dar paso a sus variadas propuestas., las que de suyo vendrían a renovar y oxigenar el sistema todo.

La respuesta vuelve a ser muy sencilla. En lugar de tener una única propuesta educativa, habría muchas muy diferentes. Reemplazándose el sistema educativo de planificación estatal centralizado y monopolístico, por otro de planificación descentralizada, a cargo de cada instituto en particular, que fomentaría de modo permanente entre ellos la innovación y la competencia, de caras a mejorar con distintos métodos, distintas experiencias educativas, y basándose en diferentes contenidos, las performances individuales de los estudiantes.

Imagino habría algunas propuestas que propiciarán el aprendizaje a partir de la lectura de los grandes textos clásicos de la literatura de todos los tiempos, otras propuestas pudieran hacer eje en el desarrollo de la creatividad de los estudiantes,

otras hacer pie en la formación laboral de las personas a través de los oficios, otras en el manejo de la tecnología, otras priorizarían a lo mejor los idiomas, algunas potenciarían el estudio de las distintas culturas, y otras a lo mejor se volcarían tempranamente a la enseñanza de la fisioterapia o de la enfermería. No lo sabemos, pero sí sabemos que muy probablemente los procesos educativos habrían de darse en diferentes períodos de tiempo, que posiblemente adelantarían en muchísimos casos la salida laboral, e introducirían más tempranamente al mercado laboral o profesional a los jóvenes, aprovechando sus años de mayor energía y vitalidad para sus primeras aportaciones.

En suma, proponemos lo siguiente:

1) Garantizar por el gobierno el financiamiento público y universal de la demanda educativa de los niños, transfiriendo los fondos necesarios a sus padres;

2) Reemplazar el monopolio gubernamental del diseño del sistema educativo a través de una oferta única, por un sistema de competencia de mercado. Desconcentrándolo, descentralizándolo, diversificándolo, dispersando la función de diseño del sistema, y transpasándola desde los ministerios y dejándolas a cargo de las escuelas, de los maestros y de los profesores, todos ellos responsables de manera individual u organizada de una muy renovada y más variada oferta educativa;

3) Proponemos que la máxima responsabilidad decisoria respecto de la cuestión educativa retorne de inmediato a la esfera de las familias, recayendo primero en los padres, luego directamente en los mismos estudiantes. Partiendo del simple supuesto que, tempranamente, son los padres los primeros interesados y los mejores decisores al respecto, y los mayores responsables por la suerte de sus hijos, hasta que estos decidan por sí mismos.

Estos siempre en mejores condiciones de optar o decidir que cualquiera de los gobernantes, ministros, burócratas, y pedagogos de turno. Todos ellos encerrados en sus oficinas de cristal, todos ellos co-responsables políticamente de los fracasos educativos que tanto nos preocupan. Fracasos constituidos sobre el error de monopolizar, concentrar, regular, y limitar a los padres sus decisiones, quitarles oportunidades de poder participar más efectivamente de la educación de sus hijos, hasta desalojarlos incluso de una gran parte de sus responsabilidades. Valiéndose de la fuerza del Estado para monopolizar el diseño del sistema, e instrumentándolo con exclusividad, según la voluntad de un funcionario de turno o de una eventual mayoría gobernante.

Estas afirmaciones nos llevan a profundizar seguidamente con más detalle, en la exploración de otro par de conceptos fundamentales, también rivales entre sí. Nos referimos al binomio descrito por el Profesor Friedrich Hayek: planificación centralizada versus planificación descentralizada, que perfectamente aplicables a la planificación educativa, marcarán en adelante el curso de este trabajo:

1) La planificación educativa estaría cargo de un ente rector experto que centraliza y concentra toda la información y todas las decisiones;

2) La tarea de planificación educativa se descentralizaría en manos de cada uno de los distintos oferentes en competencia, quienes, en base a conocimientos dispersos, se dedican a materializar sus diferentes propuestas en el mercado.

Parece aconsejable describir con justeza y realismo cómo funciona un sistema educativo centralmente planificado y contrastar sus diferencias para con otro que fuera competitivo y descentralizado; a fin de echar luz con ejemplos sobre sus principales diferencias. Resulta relativamente sencilla la analogía entre un sistema educativo formal con la idea de una gran maquinaria educativa, acaso con una línea

de proceso con objetivos bien definidos, representable en lo que se desea enseñar o en qué contenidos se pretende capacitar.

Es fácil también imaginarse al gobierno preocupado por estos asuntos, autoarrogado con exclusividad de la potestad de establecer una política centralizada en la cartera de educación, que en sus niveles nacional y provincial se ocupara de planificar y desarrollar con máxima discreción sus propias iniciativas y de definir sus propias incumbencias, sus metas, los tiempos y las secuencias. Este sistema se estructura de manera descendente desde la política del gobierno, en la cúspide de la pirámide, hacia las instituciones educativas encargadas de ejecutarlas en sus aulas, impartíéndolas con sus maestros, y respetando los contenidos que responden siempre a un gran diseño totalizador, con supuestas problemáticas comunes y soluciones consistentes, que vertebrarían todas sus etapas y niveles.

Pensado desde el jardín de infantes hasta la universidad, con sus ritos sociales de iniciación y de consagración, que siguen los mandamientos de los gobernantes y en última instancia de la opinión pública que aprobaría tales acciones. En resumen, se trata de un sistema centralmente planificado, totalizador, exclusivo y excluyente, pensado mayormente *a priori*, implementado de forma vertical, de arriba hacia abajo y *enforzado* desde fuera hacia adentro.

La vision contraria confiará más en el proceso de aprendizaje antes mismo que en la idea de enseñanza. Desde esta otra concepción, todo proceso de aprendizaje arrancaría siempre al raz del suelo, a partir de la curiosidad, de la admiración repentina de algun suceso que desea ser comprendido. No por nada los filósofos de la antigua Grecia marcaban que el asombro era una de las primeras puertas de acceso a la reflexión y al conocimiento. Sócrates en las callecitas del ágora, Aristóteles y el Liceo peripatético, son los precursores de las instituciones

educativas que no se preocupaban por las titulaciones, los contenidos mínimos, sino por desarrollar con flexibilidad y a partir de sus inquietudes, las potencialidades y talentos de sus alumnos. Es cierto que no podemos hablar estrictamente de sistemas educativos en la Hélade de esos tiempos, no un sistema educativo de la modernidad, pero sí había procesos educativos con maestros y discípulos, relaciones de dialogo a través de las cuales las personas habrían de crecer intelectual y espiritualmente, al ayudarse a sacar de dentro suyo lo mejor que traían, quizás de una manera mas cultivada, mas artesanal.

Pero lejos de la antigua Grecia, o a lo mejor no tanto, transportémonos al Estados Unidos actual, y preguntémonos si no existe una analogía posible con las usanzas de algunos filósofos griegos. No por casualidad los norteamericanos son grandes cultores del método socrático en sus aulas. Además sorprende cómo allí las principales instituciones educativas privadas del mundo conviven en continua competencia. Es verdad, para operar obtienen una primera habilitación, y reciben algún control periódico tipo acreditación, mas no cuentan con el sello del Ministerio de Educación que avala sus diplomas, sino que esos diplomas valen lo mismo que si se los imprimiera uno mismo en su casa. ¿Cuál es la diferencia? El papel de Harvard vale por lo que la gente asume que uno puede saber por haber ido a Harvard, y el tipo de persona que uno debe ser por haber pasado por ahí.

Entonces los respaldos reales de las certificaciones, o de las titulaciones que emiten estas universidades dependen de sus reales fortalezas académicas. Al tiempo en que las personas cada día dependen más de sus verdaderas habilidades y competencias, que en un mundo más interconectado en tiempo real emergen más visibles en redes sociales o en las publicaciones de sus hojas de vida en Internet. Así se juzga a las personas más dependiendo hoy día de sus reales aportaciones y

capacidades, y, en especial, de su capacidad de aprender y de adaptarse, y mucho menos de sus titulaciones formales.

Esto se verifica en Estados Unidos con los *techies*, quienes son contratados por las empresas de innovación tecnológica antes de que se reciban, o con los fundadores de esas mismas empresas que abandonaron la universidad. Con todo, los países X revelan su atraso en la idea de que los títulos sirven de algo, y que los sellitos de las instituciones valen mágicamente por sí mismos. Este mito se sostiene en parte pues tales certificaciones adquieren más valor, toda vez que la legislación de esos países las exigen para desarrollar ciertas tareas, o las convierten en requisitos legales para alcanzar determinados derechos, recompensas o *status*, realimentando este círculo vicioso con ancla en el fracaso educativo.

Un fracaso que es congénito, que está viciado desde su propia concepción. ¿Pues hasta dónde podría llegarse con un sistema educativo cuya principal pretensión consistiría en modelar la cabeza de los estudiantes, inyectándoles aquellos contenidos que los expertos de los ministerios hubieran previamente seleccionado, y luego acreditar con exámenes y títulos que los han adquirido?

Si aceptáramos a la ligera un modelo así, al menos debiéramos preguntarnos cuánto valor añadido habría en un proceso educativo de estas características, que además es evidente se agota y se limita en sí mismo. Para corroborarlo, propongamos el siguiente test individual, consistente apenas en un ejercicio de memoria, de pequeña introspección. Pensemos en nuestros propios aprendizajes fundamentales, en cuáles fueron esas experiencias, qué características tuvieron, dónde se produjeron. Tratemos de recordar los más importantes. ¿Fueron por dentro del sistema educativo formal? ¿En la escuela? ¿En esa escuela donde los maestros dan clases hace años con sus mismas carpetitas y sus libritos uniformes? ¿O fueron

en las facultades, en las que se registran increíblemente los mismos patrones? Encontrándonos con que en todas las facultades, de una misma disciplina por caso Derecho, se dicta la carrera de abogado con materias similares, y contenidos que no suelen diferir en casi nada los unos de los otros. Qué notable que a lo largo de todo el proceso educativo encausado a través del sistema educativo formal notamos invariablemente y a lo largo de los años idénticas metodologías y patrones.

En todos los casos, los contenidos y los dictados son integralmente seleccionados y organizados previa y prolijamente por los cráneos ministeriales que se esmeran en desarrollar currículas, planes de estudios, bibliografías, legislaciones y reglamentaciones. Total que el tema ocupa el tiempo de los maestros, profesores, supervisores, directores, rectores y hasta de ministros y legisladores. Acompañados, obviamente, por la infatigable tarea complementaria de los pedagogos que, con el correr del tiempo, no pierden oportunidad de sistematizar distintas maneras de impartirlos.

Así se diseñan metodologías que, invariablemente, desembocan en cursos de perfeccionamiento y capacitación docente, pese a las cuales la educación en general no mejora y que, frente a sus continuados fracasos, termínanse pasando de moda. Entonces, ante cada nueva desilusión, emerge la necesidad de repensar enteramente y desde el vamos de nuevo el modelo educativo del país X. Paradójicamente, sin cuestionar ninguno de sus postulados fundamentales. Una y otra vez, los intelectuales de turno se autoconvocan para reflexionar perentoriamente sobre los problemas que aquejan a la comunidad educativa en su conjunto, y buscar inmediatas soluciones, para lo cual intentan ponerse de acuerdo respecto de cómo desarrollar algunas metas aspiracionales comunes, seguidas de los perfiles y estereotipos del alumno ideal, del docente ideal, de la escuela ideal, del

dictado ideal, del cursado ideal. Digamos, un esfuerzo impresionante por intentar afinar y poner a punto la “maquinaria educativa”.

Volviendo a nuestra tesis, ¿no sería ésta la descripción de un tremendo error de concepción en el que se suele caer, y en el que se suele persistir invariablemente? Quizás uno de los peores efectos de la planificación central podría ser que la política educativa homogeneiza, cuando baja y se derrama en el aula. Entonces un maestro desde siempre te pone 10 porque llegaste al resultado de la manera que él te enseñó, y te pone 100 si repetís su lección o su librito. ¿Esto está bien? ¿O está mal porque así se mata en parte la creatividad de los alumnos?

Incluso, a la vez, ¿el método en sí no quita todo rasgo de creatividad también a los maestros, quienes sin mucha discrecionalidad, son insertados al sistema para ejecutar su función de transmisores de conocimiento, respetando a pies juntillas una parametrización previa, establecida en programas, en horas de dictado, exámenes? Así el maestro parece ejercer una labor automatizada, disminuida en sus competencias, en su inventiva, sin mucho juego e innovación.

Pero no debíamos sorprendernos, ya que todos los monopolios, situados en las antipodas de la competencia, siempre generan los mismos efectos negativos, por carecer de todo incentivo al esfuerzo y a la innovación. Es obvio, los sistemas educativos formales de los países X no parecen muy preocupados por desarrollar o mejor aprovechar las cualidades personalísimas, distintivas de cada estudiante, tampoco las de sus maestros. Ni se respetan siquiera sus naturales inclinaciones, ni sus habilidades, ni se presta demasiada atención a sus mejores neuronas. Todo luce cortado por la misma tijera.

Para nuestra sorpresa, vimos una vez lo contrario en unas olimpiadas de matemática argentinas, OMA y Ñandú, en las que todas estas cuestiones se

imaginaron y se ponderaban en forma exactamente opuestas. Porque en ellas se premiaba el modo en que cada alumno lograba resolver un problema a su manera. En general, nada de esto se percibe en los sistemas de planificación centralizado de los países X, en el que sus normas instalan y hacen prevalecer otra clase de incentivos, en línea con sus finalidades y objetivos comandados desde un cerebro central único, que imparte instrucciones de arriba hacia abajo.

Como cualquier monopolio, el gobierno en materia educativa tenderá a generar: uniformidad, baja calidad, altos costos y altos precios, malos productos y bajos rendimientos. Para remover estos dañinos efectos resulta imperioso cambiar de raíz el sistema educativo, reemplazar el modelo de oferta monopólica por otro de demanda y competencia.

Pero hay un segundo problema, no menor, avistable en un plano posterior. El cual no estaría tan relacionado con el diseño conceptual del sistema, sino con los intereses que priman cada vez que intenta rediscutirse el rediseño del sistema, sobre todo para asegurar su conservación, que es la exclusiva conservación de sus privilegios, pese a sus renovados y continuos fracasos. De repente, se nota con claridad cómo el monopolio ejercido por el gobierno en el diseño y control del sistema educativo es secundado y custodiado desde los intereses de otro gigantesco monopolio: el de los docentes estatales, que son parte y co-responsables de tan pésimos resultados, toda vez que en el fondo responden a intereses entretejidos, coligados, perdurables y convergentes desde siempre desarrollados al calor de las mismas motivaciones y de los mismos incentivos.

Desde luego, estas fuerzas conservadoras no descansan, se organizan, se movilizan, hacen lobby y declaman todo el tiempo en favor de sus roles, sus presuntas responsabilidades y de sus derechos. Tampoco es fácil que los padres,

hoy fuera de la discusión, y muchos carentes de financiamiento propio, incluso sometidos al influjo prevalente de estas remanidas argumentaciones, encuentren desde tan postergadas posiciones, por sí solos, una solución mágica a sus medidas y a las de sus hijos, allende su frustración y su fastidio. Sin embargo, notan año tras año con resignación que ante cada comienzo de clases, en los países X, todos los marcos se repiten como parodias las dos mismas discusiones.

En concreto, se discuten los ascensos y los sueldos de los docentes, y en abstracto la suerte toda del sistema educativo. ¿Cuál es el resultado? Se verifica un mes de huelgas cada año hace mil años, y parece a nadie importar, y lo peor, parece no tener solución, porque todo sigue igual. ¡Qué síntoma!

En segundo lugar, todas estas discusiones públicas, por cierto ampulosas y teatralizadas, rematan una y otra vez en conflictos políticos y sindicales, que parecen posponerse hasta el año entrante con la milagrosa redacción de nuevas reglamentaciones gubernamentales o en la proclama de reformas legislativas tan inútiles como todas sus precedentes. La realidad imperante demuestra que la omnímoda labor del Estado, tipificada en el monopolio que ejerce, pero además en el grado de concentración con que lo planifica y controla centralmente todo, mata de raíz cualquier iniciativa privada encaminada a explorar otras propuestas, nuevos métodos, e impide ofertar nuevas formas educativas, quizás más puntuales, quizás más efectivas, para que más personas intenten a su modo, organizados como universidades o como escuelas, o simplemente en sus calidades de profesores o de alumnos, emprender o desarrollar con creatividad nuevas soluciones, inspirados en las ganas de explotar lo que sienten son sus mejores ventajas al servicio de potenciar al máximo los talentos y los aprendizajes de sus estudiantes.

Esas nuevas soluciones vendrían de la mano de algo tan sencillo como participar del problema educativo a sus principales interesados, los estudiantes y sus padres. Incluso a los maestros y profesores, ya no debajo del ala de ministros, asesores, burócratas y supervisores; tranpasando las inquietudes, las decisiones y las responsabilidades del sector público al privado, salvo aquella responsabilidad última que aseguraría el financiamiento del sistema. Permitiendo emerjan nuevas ofertas, de todo tipo, tan variadas como innovadoras, respecto de cómo se debe educar, qué se debe enseñar, qué contenidos es mejor aprender, con qué carga horaria, con qué método, etc.

En suma, se trata de liberar la oferta educativa, que es liberar creatividad y nuevas energías; puestas a servicio de constituir a través de toda clase de propuestas, y de nuevas clases de relaciones, representativas de miles de nuevas inquietudes, en un proceso abierto de prueba y error, de descubrimientos continuos, respecto de lo que se consideraría más enriquecedor para los estudiantes, cada uno a su propio modo y todo *ad referendum* del mercado, lo más descentralizada y competitivamente posible.

¿Cómo imaginarnos tanto? Posiblemente porque hemos tocado fondo. En virtud del tremendo fracaso detectado, el que cuesta a millones de alumnos años de educación formal para no entender lo que leen, para no saber plantearse un problema, para salir de la universidad sin entender nada de lo que les exige su profesión. ¿Alguien se atreverá algún día a medir el costo y la inutilidad de todo esto? ¿Y su injusticia? Ante la evidencia lacerante de una tremenda deserción escolar primaria de primer y segundo nivel en los barrios más carenciados, mientras que el gobierno gasta millones y millones en universidades públicas que no logran graduar

ni al 30% de sus estudiantes, además en períodos que duplican los normalmente esperados.

Todo luce fatalmente previsible, si siquiera existe un examen de ingreso para testear mínimamente la capacidad, el nivel académico, la vocación o la responsabilidad de los alumnos aspirantes a la universidad. Qué curioso, cuando no paradójico, porque tales naturales filtros existen hasta en los clubes de fútbol para jugar en sus divisiones superiores. U otros similares mecanismos de selección de mercado son perfectamente aceptados por las bandas de rock que se disputan competitivamente la preferencia del público en los recitales. Cueste creerse, o no, el caso de la educación pública parece ser muy diferente.

Inconmoviblemente se asignan fondos estatales para sostener semejante fracaso en términos de ineficiencia e inmoralidad, se desperdician tremendos recursos en la contratación de miles de profesores universitarios, tan numerosos como mediocres, que no tardan en sindicalizarse y que sólo contribuyen a empobrecer los rendimientos del sistema.

Por todo esto es imprescindible combatir y desmontar semejante monopolio, pero además porque se acerca el momento adecuado, toda vez que en la actualidad está operando una revolución tecnológica, que en caso de no desmontarlo lo haría implosionar con alguna demora pero con peores consecuencias. Porque si alguien aún no se ha dado cuenta, las cosas afortunadamente han cambiado un poco, vivimos en un mundo muy tecnológico en camino de mayor descentralización.

Un fenómeno irrefrenable en donde la *net* le ganó al mundo de la AS/400. El mundo en que Wikipedia le gana a la Real Enciclopedia Británica, o en el que Trip Advisor acerca y modifica la manera de asesorarnos y contratar servicios turísticos. ¿Alguien se ha percatado de semejante tsunami tecnológico? ¿De semejante

fenómeno de cooperación social y de sus formidables efectos? ¿Alguien ha tomado nota de que son fenómenos espontáneos, en el que las personas colaboran increíblemente, generando mayores y mejores resultados a los que antes se obtenían merced al ingenio, la planificación y la organización de algunas mentes dedicadas a buscar soluciones, que hoy resultan totalmente superadas hasta su extinción? ¿Dónde quedan las mentes más brillantes, a qué se reducen todos sus esfuerzos de organizadores y planificadores frente a estas nuevas soluciones de mercado?

Por estos días, Uber demostrará en el mundo la innecesariedad e ineficacia de la Secretaría de Transporte de las municipalidades y volverá injustificable la existencia de muchos cargos burocráticos y sistemas de control, que ahora se resolverán más eficiente y confiablemente a través de un software y de la interacción libre voluntaria y cooperativa de las personas en un mercado. ¿Qué viene a decirnos todo esto? Que, por regla general, la planificación central deja de ser la mejor manera de solucionar problemas, en donde el mercado se extiende y amplifica vertiginosamente más y más cada día, con más desafíos, y más oportunidades de diferentes desarrollos. Eso es lo que viene. Así sucede hoy mismo en muchas actividades, y de suyo llegará algún día, a facilitar tecnológicamente soluciones también al problema educativo, cuando los padres más cerca de los maestros; los estudiantes más cerca de sus profesores, y todos con más libertad, den vida a un sistema educativo más horizontal y más ajustado a las verdaderas necesidades y talentos por desarrollar de los alumnos, antes que a los intereses de burócratas y sindicalistas.

La hora demanda modificar radicalmente todos los incentivos. Y, fundamentalmente, la manera de pensar el problema. Pues la resolución de este

problema y de otros tantos problemas de cuño similar pasa hoy día por la real posibilidad de aprovechar el conocimiento disperso, ese conocimiento circunstancial de tiempo y de lugar que poseen los reales interesados en la problemática. Conocimientos que permiten encausar descentralizadamente la manera de resolver los problemas, por dentro de un mercado que se encargará de descubrir gracias al inmediato efecto de la competencia las mejores soluciones disponibles. Del mismo modo que una plataforma digital como Airbnb ha venido a reemplazar a las inmobiliarias que se encargaban de rentar inmuebles haciendo uso de la mejor información que concentraban del mercado. Prontamente otros sistemas similares acercarán tal y como hoy se conectan a propietarios e inquilinos, el día de mañana más robustamente a estudiantes y profesores o maestros, a padres con escuelas, academias, institutos o similares, donde podrán contratar la oferta educativa que deseen.

Pero insistimos, no se trata tan sólo de poner a competir a las instituciones educativas, para lograr mayores aprendizajes individuales ,y mejores estándares de creatividad, adaptabilidad y eficiencia en la educación. Porque ello sucederá de todas formas, más temprano que tarde y pese a que haya que combatir muchos intereses y desmontar muchos privilegios, con lo que además se trata de promover un sistema más justo que venga a desmontar los arreglos de espúreos intereses anquilosados y todavía prevalentes gracias a la legislación y a la fuerza del Estado. Intereses que impiden el cambio, anergizan, y explican la decadencia, contraccaras del *status quo* reinante.

Un llamamiento moral exige a los gobiernos de los países X que trasladen los fondos que derrochan en las universidades públicas, a subsidiar con creces la demanda de los padres por una mejor escolarización primaria, en especial en los

barrios más vulnerables. ¿Quién podría oponerse seriamente a este principio redistributivo? Sin embargo, en general casi nadie reclama esto en el sistema político del país X. Ignorando con datos suficientes a la mano que el sistema educativo descrito se convierte en un factor catalizador de las brechas sociales, y que las potencia, a contrario de lo que se supone.

¿Qué duda cabe respecto de que las universidades públicas son de las clases medias y altas, mientras que las escuelas en las barriadas más pobres no logran frenar la deserción ni cubrir ni sus mínimos objetivos? Tristemente, y aunque permanezca invisible en este caso, el monopolio de la oferta educativa en manos del Estado no es la solución, sino que es el principal problema. Entonces, no se puede pedir magia al sistema educativo. No sabemos cuánto vale la pena repensarlo y seguirlo discutiendo, para rediseñarlo, como de hecho sucede hace varias décadas y con el advenimiento de cada nuevo gobierno. Hacer un nuevo esfuerzo de planificación estatal y centralizado para uniformar lo que básicamente debería diversificarse y descentralizarse y ponerse rápidamente en competencia, fijando nuestra atención no tanto en lo que se pretende enseñar sino en lo que el alumno desea y necesita aprender, de la manera más fácil y menos rígida para que este proceso natural tome rápidamente la forma, el cuerpo y la energía que los mayormente interesados quieran darle.

Concomitantemente, debe empoderarse a cada uno de los padres, para lo cual el Estado debiera otorgarle un cheque educativo dividiendo la plata que hoy día gasta en mantener el sistema estatal, permitiéndoles a ellos escoger con ese cheque por sí mismos la escuela destinataria de esos fondos. Escuelas que debieran reorganizarse y competir entre ellas por satisfacer a los padres con mejores niveles

educativos para sus hijos, con lo que de paso se desmontarían todos los privilegios, y los fatales incentivos que hoy favorecen la decadencia.

Por último, nos referiremos al asunto que dejamos *ex profeso* para el final. Se trata de una cuestión no menos importante, que viene a aclarar otra confusión capital. Es nuestro parecer que la educación está mucho más asociada a los valores que a los conocimientos. Ya mencionamos que una persona educada puede ser analfabeta y una súper-escolarizada, un maleducado. Esto puede trabajarse en una escuela pero, mucho más, los valores se adquieren en la casa y a través de ejemplos. La cultura del trabajo, o del ahorro, incluso las formas más sencillas y simples de respeto recíproco, son modalidades que difícilmente incorporemos con exclusividad a partir de la lectura y discusión de algunos textos. Sino que son el fruto del cultivo paciente y reiterado, asimilables y acendrables mucho más a través de buenos ejemplos y de nuestras propias vivencias en nuestra vida de relación.

De suyo, así lo comprendían nuestros abuelos, muchos casi analfabetos, que con gran sabiduría decían a sus hijos: o trabajás o estudiás, o ambas. Anteponiendo la responsabilidad y las obligaciones al goce de los derechos y fomentando los incentivos al trabajo, al esfuerzo y al estudio. En suma, a la realización personal como la vía de superación y progreso. La cultura del trabajo y la responsabilidad individual, sin dudas, precede a toda política educativa, porque la dignidad de la persona va siempre por delante de su escolarización. Y no a la inversa.

Las prioridades están al revés. Otra vez falla el GPS. Los gobiernos debieran preocuparse intensamente por permitir que la economía genere más empleo, circunstancia que difícilmente sucederá si la legislación impone altísimos impuestos a quienes trabajan y a quienes debieran emplearlos cada vez que pretenden formalizar entre ellos un contrato laboral. O si las reglamentaciones

gubernamentales dificultan la formación de nuevas empresas que pudieran competir con las ya existentes. Es obvio, y otra vez invisible, lo primero es quitar el carro delante del caballo. Incomprensión elemental que caracteriza a los gobernantes de países X.

Por tanto, debiera quitarse de las manos de negligentes burócratas, la tutela de la educación de los niños, y prevenirlos previamente de la importancia del empleo para sus padres, pues sin trabajo no hay dignidad, se pierde la responsabilidad individual, disminuye la autoestima y se nubla el horizonte.

Asimismo, la educación en general es un asunto demasiado importante para dejarlo en manos de asesores expertos y de los gobernantes. Mejor confiar en el buen tino de los padres para que, caso por caso, puedan escoger con dinero en mano, que el gobierno debiera asegurarles, la escuela que más les convence y se ajuste para las inquietudes y necesidades de sus niños.

La clave es dejar que germinen libremente entre las personas los mejores ejemplos, sus mejores experiencias, y bajo su propia responsabilidad la decisión de escogerlos. No corresponde al Estado educar, suficiente sería si financia eficaz y equitativamente la escolarización de todos los argentinos. Pero sí debe dedicarse de lleno a hacer algo importante: reconocer su fracaso, su ineficacia y al menos dejar de corromper, de limitar, de deformar y de debilitar las legítimas aspiraciones de quienes en libertad merecen no ser despojados de edificar a propio riesgo y por propia.